

Las humanidades en el contexto nacional actual o de la necesidad de una nueva paideia nacional

Ignacio Sosa*

*Voy a hablar en alemán, exclusivamente
para alemanes, de cosas alemanas, sin
cuidarme de las clases que sucesos desgracia-
dos han producido siglos ha, en esta nación.*
J.G. Fichte

Cuando Fichte escribió esta conocida frase en sus *Discursos a la nación alemana* a principios del siglo XIX, ésta se encontraba viviendo una profunda crisis derivada de la situación internacional. En esa época, los múltiples estados que con los años conformarían la futura Alemania, vivían una agitada situación derivada del ímpetu de la historia universal que todo lo atropellaba a su paso. Divisionismo antiguo, derrota reciente, el país conformado por una población mayormente rural y con ciudades poco pobladas, debía enfrentar el reto de dar los pasos necesarios para dar fin a esta situación y sentar las bases ciertas de una comunidad integrada, igualitaria e industrializada.

Para aquella sociedad alemana la conciencia de estar siendo arrollada por el torbellino internacional, del problema de su situación agrícola en mundo industrial, así como del peligro que como comunidad vivía, tenía la necesidad de marcar un nuevo derrotero, señalar una alternativa a su desarrollo. La respuesta a sus angustiantes preguntas sobre su incierto presente la dieron, no podía ser de otra manera, aquellos que en ella cultivaban las humanidades.

* Doctor en Estudios Latinoamericanos por la FFYL de la UNAM. Autor de *Ensayo sobre el discurso político mexicano*, UNAM-Porrúa, México, 1994



1 J. G. Fichte, *Discursos a la nación alemana*, Pleamar, Buenos Aires, México, 1964, p. 41.

2 Antonio Caso, *Obras completas*, Tomo IX, UNAM, México, 1976, p. 29.

3 *Ibid*, p. 50.

No fueron casuales ni las propuestas, ni las disciplinas de donde provenían. Quiénes, sino las humanidades podían ofrecer un diagnóstico de su tiempo y quién, sino un humanista, podía proponer como motor de arranque a la educación:

Hay que educar a toda la nación, una vez que su antigua vitalidad se ha extinguido absorbida en la de un pueblo extraño, y hay que enseñarle los medios de vivir con existencia nueva, que le pertenecerá exclusivamente; en una palabra, hay que transformarla por completo, mediante el plan de educación que yo propongo como el único medio de regenerar la nación alemana.¹

No es casual que, en otro tiempo, el siglo XX y en otro país, México, los ecos de Fichte se dejaran escuchar en los *Discursos a la nación mexicana* del maestro Antonio Caso. Para éste, lo que acontecía en México y la propuesta para su solución eran, toda proporción guardada, semejantes a la Alemania de Fichte. La situación de México, en perspectiva comparada, era trágica, semejante a la de la Rusia zarista: "Es la misma organización social defectuosa, improvisada, trágica. La misma burocracia constrictora, la propia diferencia radical de las clases, de las castas, y el propio egoísmo aquí como allá".² La salida, igual que en Fichte, era la educación: "La educación es un factor o elemento social importantísimo que tiene por fin el aprovechamiento individual de los caudales de la sociedad".³

Estos dos humanistas, con circunstancias y credos distintos, se citan en este comentario como ejemplo para mostrar la forma en la que se ha entendido la función de las humanidades en situaciones límite. El ejemplo tiene, además, la intención de mostrar que el compromiso y la responsabilidad de quienes cultivan las humanidades se expresan a través del diagnóstico de sucesivos presentes y a través de propuestas concretas, específicas, referidas todas ellas a un programa educativo o, mejor dicho, a una *paideia*.

En el siglo XX, se publica en su versión inglesa en plena Segunda Guerra Mundial —por cierto llamada ahora por exigencias revisionistas de la Unión Europea, como segunda guerra civil europea o segunda guerra de los Treinta Años— el libro de Werner Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, texto fundamental para entender el humanismo como la convicción de que la educación y la cultura no constituyen un arte formal o una teoría abstracta, distintos de la estructura histórica objetiva de la vida espiritual de una nación.

En ese texto se reitera la necesidad de identificar educación y nación. Una sin otra no tienen sentido, la una sin la otra no se explican ya que la educación no es una abstracción sino un proceso histórico.

Jaeger afirma:

Todo pueblo que alcanza un cierto grado de desarrollo se halla naturalmente inclinado a practicar la educación. La educación es el principio mediante el cual la comunidad humana conserva y transmite su peculiaridad física y espiritual...

De ahí se siguen algunas conclusiones generales. En primer lugar, la educación no es una propiedad individual, sino que pertenece, por esencia, a la comunidad. El carácter de la comuni-

dad se imprime en sus miembros individuales y es, en el hombre, el *zoon politikon*, en una medida muy superior que en los animales, fuente de toda acción y de toda conducta. En parte alguna adquiere mayor fuerza el influjo de la comunidad sobre sus miembros que en el esfuerzo constante para educar a cada nueva generación de acuerdo con su propio sentido.⁴

Las humanidades se expresan, en consecuencia, a través de este esfuerzo educativo, comunitario. Por eso, cada pueblo, cada nación, debe tener una *paideia* nacional. Obviar esta discusión, evitar discutir cómo es ésta, cuáles son sus valores, tal vez le permita a la sociedad flotar en el éter, sin pensar que esa hipotética facilidad es carecer de norte y condenarse a un vagar sin rumbo.

Por ello, nada más alejado de la realidad que la fantasía de "entender" a las humanidades como una cuestión retórica, referida al pasado, sin compromisos con el presente y dedicadas al estudio, preferentemente, de los problemas del individuo en Grecia y Roma. Por el contrario, las humanidades dan cuenta y razón del individuo en un contexto social específico.

De la doble visión de las humanidades; la que se detiene en la contemplación de la pretérita época clásica; y la que está comprometida con el presente, es obvio que la segunda es la única que cumple con el propósito de explicar no sólo el momento con el que Occidente identifica su fecha de nacimiento, sino el de explicar el largo camino de México, desde la oscuridad de su origen, hasta la forma superior de convivencia representada por su Estado Nación. Las formas de convivencia que éste demanda integradas e igualitarias son los dos retos que más han llamado la atención de quienes, entre nosotros, son considerados humanistas.

El fin que han perseguido las humanidades en nuestro medio ha sido



el de explicar la situación de la sociedad mexicana en el mundo; dotarla de sentido; ofrecer respuestas a las preguntas que la han acompañado en forma angustiante durante su historia como país independiente. Las respuestas sobre el origen y destino de la nación mexicana han sido una obsesión para las humanidades, pero más obsesivas aún han sido las preguntas de por qué hoy, en el siglo XXI, aún no se ha podido cumplir en forma satisfactoria con la integración de las distintas etnias y los diferentes grupos, ni por qué no se ha podido culminar con la ansiada igualdad entre quienes formamos la comunidad mexicana.

La monocorde respuesta que habla de la desigualdad como una realidad dada, inmodificable, un dato duro, en el que no interviene el deber ser, no atiende la necesidad de buscar y establecer una *paideia* que persiga erradicarla, al menos, en sus expresiones más ofensivas. El siguiente comentario de Carlos Tello, publicado en 1993, ilustra nuestra afirmación:

Los extremos de opulencia y miseria que existen en el país ofenden a los más, a los pobres. Cotidianamente observan y contrastan los lujosos fraccionamientos y suntuosas residencias con sus pobres casas y el consumo suntuario y el desperdicio de los ricos y poderosos con su hambre. Se les discrimina y maltrata por el solo hecho de ser pobres —y aún más si son

4 Werner Jaeger, *Paideia*, FCE, México, 1980, p. 3.

5 Carlos Tello, "Sobre la desigualdad en México", en José Joaquín Blanco y José Woldenberg, (comps.), *México a fines de siglo*, FCE, México, 1993, p. 53.

indígenas y los lastima la abundancia que con ostentación unos cuantos disfrutan. Además de la desigualdad entre el campo y la ciudad, se observa la desigualdad en las calles de ésta.⁵

En esta cita queda claro que en la vigente jerarquía de valores sociales la desigualdad es condición necesaria para el desarrollo económico de México. Entre nosotros, la riqueza se valora más que la dignidad. Esto, en mi opinión expresa la urgencia y la necesidad de preguntarnos sobre la jerarquía hoy imperante de los valores, así como de la autenticidad de quienes postulan la intención de convertir a nuestro país en una sociedad semejante a los grandes estados democrático liberales que nacieron de las revoluciones estadounidense o francesa.

Es hora de que quienes practican la antropología, la psicología, la historia, la filosofía, disciplinas humanísticas y que han dado cuenta entre nosotros de la desigualdad a través del tiempo y de las regiones que componen nuestro territorio, establezcan una propuesta conjunta que permita a la sociedad aprender del histórico desengaño y de las expectativas incumplidas.

Si bien las humanidades han dado cuenta de los esfuerzos para mantenernos unidos y de los obstáculos que representa la desunión para alcanzar el desarrollo, deben recuperar el aliento de generaciones como aquellas a las que pertenecieron don Andrés Molina Enríquez y don Antonio Caso.

Dentro de siete años se cumplirá el primer centenario de la obra magna del primero: *Los grandes problemas nacionales*. Este libro fue una formidable síntesis de los obstáculos a vencer en su tiempo, así como un programa para eliminar la división y establecer la igualdad. El territorio, la población, la historia, en la visión de don Andrés, habían representado formidables obstáculos que la sociedad mexicana

había tenido que enfrentar, sin poderlos vencer.

Los distintos orígenes raciales de la población, sus diversos estadios culturales, sus diferentes tradiciones operaban, según don Andrés, para mantener dividida a la sociedad. Para la generación de éste, así como para las que se sucedieron el objetivo era seguir librando el combate multisecular.

Hoy, una vez más se debe mostrar a la opinión pública que las humanidades no son un ornato y, en cambio, sí satisfacen una necesidad de la sociedad. El estudio de las humanidades, entendidas éstas como el conocimiento de las culturas clásicas, ha sido una constante entre los pueblos que han logrado situarse en posición de liderazgo. Sólo en el atraso contemporáneo se maneja que las humanidades son un saber inútil. ¿Qué otras disciplinas, salvo las humanísticas, pueden ofrecer los medios para entender la sociedad mexicana en relación consigo misma y en relación con otras?

La confianza del mundo moderno en la ciencia como fórmula que resolverá todos los problemas de la sociedad, trajo aparejado el desprecio hacia las humanidades a las que se les atribuyó una vocación por el pasado, mientras que a las ciencias se les identificaba con la visión del futuro. El énfasis de las humanidades por el pasado se explica por el valor que tradicionalmente se le atribuyó a la historia para desentrañar los problemas del presente. Hoy, por el contrario, se pretende hacer tabla rasa de ese aporte multisecular y la solución a los problemas del desarrollo se entiende como un asunto del que deben excluirse las humanidades.

Tan optimista presupuesto, pone el caballo detrás del carromato, ya que la conclusión es vista como causa. En otras palabras, el desarrollo, donde se ha generado, se fundó en un profundo conocimiento por la tradición propia, por el valor de sus peculiaridades

y, también, por una admiración informada, crítica, no mecánica, por los pueblos que habían alcanzado la cima del poderío. Las humanidades, en este contexto, fueron vistas como el conocimiento indispensable de la clase dirigente, responsable de saber más y de ver más lejos para así, poder ofrecer bienestar a los gobernados.

En síntesis, las humanidades no sólo representan un ideal, también simbolizan el compromiso con la sociedad presente para abordar sus agudos y angustiantes problemas.

La historia de nuestro pensamiento social da cuenta de las mil formas en que se ha conjugado la desigualdad y la desunión. La reflexión sobre la situación actual obliga a realizar un diagnóstico de nuestro tiempo y éste, caracterizado por su declarado globalismo no acierta a dar respuesta a las múltiples formas, tradicionales y modernas de la marginación. La sociedad espera una respuesta a la actual situación descrita por Floria:

Quando en los centros financieros mundiales se intercambian quinientos millones de dólares por minuto, cuarenta veces el monto del comercio mundial en un día, dos veces el monto de las reservas extranjeras de los bancos centrales de Estados Unidos, Japón e Inglaterra combinados durante un mes, hay argumentos convincentes para aceptar que los gobiernos no poseen la autonomía que reclaman para perseguir estrategias macroeconómicas independientes.⁶

Ante tal argumento es obvio que las alternativas para una nueva paideia, que atienda los nuevos problemas a los que se enfrenta la sociedad mexicana, deberá contar con el aporte de los humanistas. ◀

6 Carlos Floria, *Pasiones nacionalistas*, FCE, México, 1998, p.111.